

Con ellos suprimo aquellos ímpetus que forma la pasión contra mi entendimiento. Leo las victorias de Bolívar, sus disposiciones sobre Santa Marta y Cartagena, y mi corazón siente un placer superior al de dos amantes que estrechamente se abrazan después de cuatro años de ausencia. Toma ese hombre extraordinario los auxilios que la España proporciona a la primera plaza y me regocijo. Leo que la segunda está en seguridad y me entristezco. Estos son los movimientos que los filósofos llaman naturales, y en los que el hombre no tiene la menor parte. Son como el sístole, y diástole, la circulación de la sangre y la respiración que no podemos impedir. Reflexiono y ya los movimientos son espontáneos. No quiero victorias de Bolívar si el sistema es republicano. Amo mejor un gobierno defectuoso monárquico, como no toque en el último extremo de despotismo y tiranía. Hallo muchos medios de concordia con la España y de nuestra felicidad. La particular mía sólo consiste en adorarte, en morir de amor en tus brazos, besar tus manos, y empaparlas con mis lágrimas. ¡Distancia espantosa....! Yo maldigo las leyes del honor....

## SOBRE SUPRESION DE MONASTERIOS

Lunes 6, en París.

*Muy R. Padre y Amigo :*

¿Sabe V. P. que mis pensamientos siempre se han presentado sin el temor de las desgraciadas consecuencias que pueden sobrevenir de producirlos? Yo no puedo renunciar mis costumbres, sin que varíe mi organización. Puedo modificarlas, pero no extinguirlas. San Pablo era colérico contra los cristianos antes de oír la voz del Salvador. Convertido, descubre su temperamento y lo prueban muchas de sus cartas. San Gerónimo, de carácter duro, se explica con poca delicadeza aun en las materias mas santas. Las cuerdas, la sangre, el fluído nervioso, la extensión de los vasos, los primeros alimentos forman un Fenelón y un Bossuet, un Enrique IV y un San Luis, un Francisco de Sales y un Domingo de Guzmán. Inquisidores y filántropos: todo para mí es obra del mecanismo. Yo no puedo vivir si no escribo y critico. Mi razón es únicamente oída por los cuadros que me rodean; mis papeles quedarán sin darlos a la prensa, ni que los vean otras personas que los verdaderos amigos: esta es la única superioridad que mantengo sobre los brutos.

¿Cómo le he de escribir a V. P. sobre la extinción de monacales decretada por las cortes? Nadie ignora que un estado no será floreciente, si una gran parte de las riquezas nacionales se estancan en un corto núme-



ro de individuos inútiles a la patria. Sabemos que la España podía llamarse claustro general de monjas y frailes. Estamos persuadidos de la mala distribución de las pingües rentas. Creemos que es preciso que tengan una dirección más útil. Nos convencemos de la urgencia en acortar el número de personas que hacen votos vocales, para quebrantarlos al segundo día, y lograr una subsistencia cómoda que no esperaban jamás de sus familias. Los principios son los mismos, pero las consecuencias muy distantes de lo ejecutado por las cortes. Yo quería hacer lo que se ha mandado de un modo lento, por medios indirectos y con anuencia de la silla apostólica. La extinción de Jesuitas (\*), aunque tan fundada y prevenida por papeles muy sabios, se lloró por millones de personas. En el Perú hasta hoy se les da el nombre de los padres, y la decadencia de aquel reino se mide desde el día en que fueron expatriados. No trato de formar el elogio de ellos: lo que si aseguraré, y V. P. R. puede asegurar del mismo modo es, que todos sus fundos rústicos eran mejor cultivados que al presente, y que las costumbres eran sin comparación mas sanas. Por la educación que daban, resplandecía la virtud, el honor y las ciencias. Esta última parte no ha decaído, pero la primera cuasi no se conoce, y la segunda es de apariencia.

La constitución de la monarquía española y su libertad es una niña que apenas nace, cuando se quiere hacer que corra por altas montañas y precipicios. Chocar con las personas reales, con los grandes, con la nobleza, con el clero, con los monjes es no tener cálculo del número que componen estas personas. La política, dice Mabli, debe consultar las disposiciones de los espíritus y no ofender las costumbres públicas, cuando se dan leyes a un grande estado: el genio de la nación es necesariamente más fuerte que el de las leyes. La ilustración de España está ceñida a un número muy corto de individuos. El sostén del nuevo sistema son las tropas que en otro tiempo abatieron las lápidas constitucionales y las hicieron arrastrar por las calles y las plazas. Me parecen los diputados en su confianza a los emperadores de Roma. Los pretorianos asesinaban un César, constituían otro en el trono, y este imbécil se persuadía que jamás sería destronado. No son las bayonetas las que aseguran un gobierno: es el voto general, manifestado sin temor, y no sujeto por leyes duras, que impiden hoy la libertad de pensar y de escribir de un modo tan riguroso como en el tiempo de Felipe II. Los movimientos que anuncian el descontento se manifiestan por todas partes. Esta materia eléctrica esparcida se reunirá en un foco y resultará el rayo y el trueno. Los días 16, 17 y 18 de Octubre han sido terribles en Madrid. ¿Será tranquilo el mes de Enero?

Los sabios admiran contradicciones en los decretos, y algunas no son desconocidas a los ignorantes. Pena de la vida contra el que escriba o

---

(\*) Se entiende de la anterior.



influya contra la religión católica apostólica romana. ¿Y tocar en diezmos, en fuero-clerical, en extinción de conventos, alterar la forma de las elecciones de los prelados regulares es vivir sujeto a Roma? Son estas atribuciones del primer obispo hacen ya muchos siglos. ¿Y cómo despojarle de ellas? Yo creo que las cortes no tienen límites en su jurisdicción y los ponen bien rigurosos al resto de los ciudadanos.

Examinados los puntos de mayorazgos y extinción de monjes, me parece que la materia debía haberse propuesto por el gobierno. Es evidente que en el monarca existe la facultad de hacer cuanto conduce a regir en el mejor orden. En consecuencia los primeros ministros deben pasar a la asamblea el bill que conduzca a este fin, pero cuando tuviesen las cortes autoridad para proponer y decidir en estas materias, no dudo que era un requisito necesario, el poder especial para ello conferido por los pueblos. En el general y común no se comprenden cosas extraordinarias que trastornan las bases de la monarquía. Sin mayorazgos los nietos de Medina Celi y Santa Cruz serán carboneros. Una República democrática asoma sin nobleza, sin regulares y con un corto clero. Esta no fue la constitución antigua de España.

Pero yo hablo con generalidad: debo contraerme al designio principal de esta obra. ¿Qué influencia tendrán estos decretos en la guerra civil de la América? Los más graves contra la España. El Nuevo Mundo es regido desde el púlpito y por el confesionario. Todos los regulares van a unirse y decir: hoy se trata de los monacales; mañana la sanción será contra los frailes en general. Son los mismos principios de la convención de Francia. Ellos están bien descubiertos. A estas voces se une el clero secular; sumamente resentido por el terrible golpe del fuero. Ya dicen: el eclesiástico no será un semi-dios, ni dictará leyes a las familias desde una silla del coro. De aquí secretas doctrinas, máximas generales en los sermones, pero todas alusivas a llorar la destrucción de la ciudad santa. Los sacerdotes perseguidos que gimen, las vírgenes fuera de sus claustros próximas a la prostitución, la amargura extendida por toda la iglesia. ¡Cuán espantoso sea este influjo, lo diré yo después que Helvecio lo ha probado con hechos positivos y Voltaire con versos excelentes! Yo he visto la Celda de V. P. como un trono donde llegaban a recibir preceptos las primeras dignidades seculares y eclesiásticas. ¿Cuánto no trabajó V. P. por la reconciliación con nuestros hermanos los españoles convencido de mis sólidos argumentos? Temo mucho que las doctrinas hoy sean contrarias.

A las caudalosas aguas del Marañón y el Orinoco se unirán las del Rímac y Apurímac: quiero decir: al clero secular y regular se asociará en el momento la nobleza. Todos han de creer que con la abolición de mayorazgos van a revocarse los privilegios de hidalguía. Convengo que en Buenos Aires es esta una materia indiferente. ¿Pero no sería de igual modo en Lima, Arequipa, Cuzco, Chuquisaca, Quito, Habana y en el dilatado reino de



Méjico? No por cierto: los americanos de todos estos puntos quieren ser independientes, pero jamás demócratas. Esta observación está al alcance común. ¿V. P. les oyó una conversación de media hora en que no hablasen de sus títulos y no indujesen aun con violencia algunas citas del tío obispo, del abuelo marqués, del primo general? En mi país el Conde de la Vega del Ren es el primer patriota. Este señor, cuyo rango excede al de muchos grandes de España, ha hecho un estudio formal de su genealogía y la de todos los caballeros principales del Perú. Fáciles eran otros ejemplos, ¿pero para qué en una materia de palpable demostración? Si estas personas poderosas se deciden y hacen un paréntesis a su apatía, el Perú quedará separado de la península: quedará toda la América meridional.

¿Pero como habían de hacer estas observaciones unos diputados americanos elegidos por sí mismos, y no por los votos de la parte sana que se hallaba en Madrid y demás ciudades? V. P. R. conoce algunos de ellos: mucho España tendrá que arrepentirse de no haber dado a la América la representación que le corresponde para oír verdades y máximas que no son conocidas ni de los europeos, ni de los mismos americanos que no han tenido ocasión de ilustrarse en puntos de tanta entidad. Yo voy desterrado a morir en Puerto Príncipe, pero desde allí seré el Martín de Pigo Le Brun. Repetiré a V. P. R. mis cartas, y en cada una las protestas más sinceras de amor y respeto.

## PRIMERA CARTA SOBRE LA MUERTE DE MI HIJA JOSEFA

Miércoles 22, en París.

*Mi muy Amigo y Padre mío :*

A los cincuenta y tres días de París, he recibido la carta de V. P. R. con fecha 26 de Junio en Lima. Era el momento en que llegaba de Versalles e iba a sentarme a la mesa. La dirección por la embajada de España me sorprende, y antes de abrirla, ya el corazón me palpita, mis miembros se hielan, y mis ojos no aciertan con los primeros renglones. Hace muchos años que Dios, los hombres, la naturaleza toda, se ha comprometido a martirizarme. Los sucesos funestos se suceden, y si dejan algún pequeño intervalo es para doblar las fuerzas y acometer con mayor ímpetu. Olas furiosas que se estrechan contra la roca de mi pecho, que aunque dura e inamovible en otra edad, ya comienza a carcomerse con la cercanía de la tímida vejez. No quiere el Eterno que nada le deba, todo me lo quita, si me concede un pan, es para que lo coma en el llanto y la amargura. Eran mis